

Naturaleza muerta

TATIANA ACEVEDO GUERRERO



HACE ALGUNAS SEMANAS LA JURISDICCION ESPECIAL para la Paz se refirió a los legados de la violencia en la naturaleza y reconoció “las alteraciones que sufrieron los ciclos naturales de los ecosistemas en medio del conflicto”. Días después la Unidad de Investigación y Acusación de la Jurisdicción inició reuniones con instituciones estatales con el fin de “recaudar información que dé cuenta sobre las diferentes afectaciones sobre el medioambiente en medio del conflicto armado, para iniciar un proceso de reparación”. A través del trabajo con el Ideam, la dirección de Parques Nacionales, el ANLA y Ecopetrol, la Unidad comenzará por hacer un balance de la “total de pérdida de bosques y la dinámica de cultivos ilícitos con prioridad en los municipios de Tumaco, Barbaocoas

y Ricaurte, Nariño, con base en análisis de deforestación entre los años 1990 y 2017”. Distintos medios resumieron los eventos afirmando que “la JEP reconoció al medioambiente como víctima del conflicto”.

Con un lenguaje similar, la Sentencia T-622 de 2016, emitida por la Corte Constitucional, reconoció las alteraciones que sufrió el río Atrato a través de la guerra como “una crisis sin precedentes, originada en la contaminación de las aguas por sustancias tóxicas, erosión, empalizadas que restringen la movilidad, acumulación de basuras, sedimentación intensiva, vertimiento de residuos sólidos y líquidos al río, deforestación, taponamiento de subcuencas y brazos de navegación, y pérdida de especies; todo esto, en medio de un escenario histórico de conflicto armado”.

Además de celebrar la inclusión (cada vez más frecuente) de la naturaleza en debates estatales alrededor de la paz, el pasado y las reparaciones, es pertinente abrir una discusión acerca de las formas específicas en que se da la discusión. En discursos sobre defo-

restación y contaminación del río Atrato, por ejemplo, se hace énfasis en el papel del medioambiente como receptor de acciones humanas dañinas. Es decir, sobre los males que se hacen (y se hicieron) contra bosques, aguas y animales en el trascurso del conflicto armado. En este contexto vale recordar que más que un ecosistema externo (escenario de la confrontación), lo que encontramos son diferentes relaciones entre poblaciones y naturalezas. Relaciones basadas en la pesca, el lavado de la ropa y el goce se tejen entre comunidades atrateñas y su río. Estas coexisten con relaciones extractivas entre cuadrillas con retroexcavadoras que se dedican a la explotación del oro que sacan del mismo río y gozan de la protección de grupos armados.

De acuerdo con la Defensoría del Pueblo, hoy en día se llevan a cabo actividades de minería en el 76 % de los municipios de Chocó, pese a que el Estado ha otorgado menos de cinco licencias. En las últimas décadas, el oro y el platino han financiado los ejércitos y sirven para lavar los pesos del negocio del narcotráfico. Este último también es resultado

de una relación entre humanos, cultivos de hoja de coca y procesos para transformarla y comercializarla.

El petróleo, el carbón, el banano, la palma africana, la caña de azúcar y las esmeraldas son otras naturalezas sobre las que se trenzan relaciones contenciosas: basta mirar la historia del puerto petrolero que es Barrancabermeja o la mina esmeraldera que es Muzo, volcar la mirada hacia el día a día del Cerrejón, explorar lo ocurrido con los sindicatos del banano en Urabá y Magdalena, sacudir los títulos de la tierra en que se sembraron la palma y la caña. Esto para no hablar de la tradición nacional de mandar a poblaciones sin tierra a “colonizar” selva para nunca tener que distribuir la tierra de manera más equitativa. Estas selvas, minas y ríos no solo reciben ataques, sino que también dejan su huella en los planes y los cuerpos de hombres y mujeres. Más que un substrato material pasivo que distintos ejércitos perjudicaron, la naturaleza ha cumplido un papel activo en los caminos de la historia y presente nacionales.

Qué nos enseña “Chernobyl” sobre Trump

BRET STEPHENS *



ESTA SEMANA, ME SENTÉ A VER UNA maratón de la miniserie “Chernobyl” de HBO. Me hizo pensar en Donald Trump.

No, mi Síndrome de Enajenación con Trump no ha alcanzado los 12.000 roentgen en el dosímetro ideológico. Y no, yo no creo que el gobierno de Trump se parezca al incendio de un reactor nuclear al aire libre.

Ver “Chernobyl” (y leer los relatos reales de la tragedia) es recordar que ese tipo de similares deberían usarse con moderación.

Sin embargo, sí hay un paralelo impactante. “Chernobyl” no es tan solo una historia sobre una catástrofe ambiental, o los actos heroicos de las personas que evitaron que se convirtiera en una tragedia incluso peor. Ilustra qué les sucede a las sociedades corrompidas por la institucionalización de las mentiras y la destrucción concomitante de la confianza.

Esa es la verdadera historia de Chernóbil donde, para variar, las verdades imposibles de erradicar del mundo natural —de la química y la física de partículas— superaron literalmente las verdades impuestas por la ortodoxia y la propaganda soviéticas.

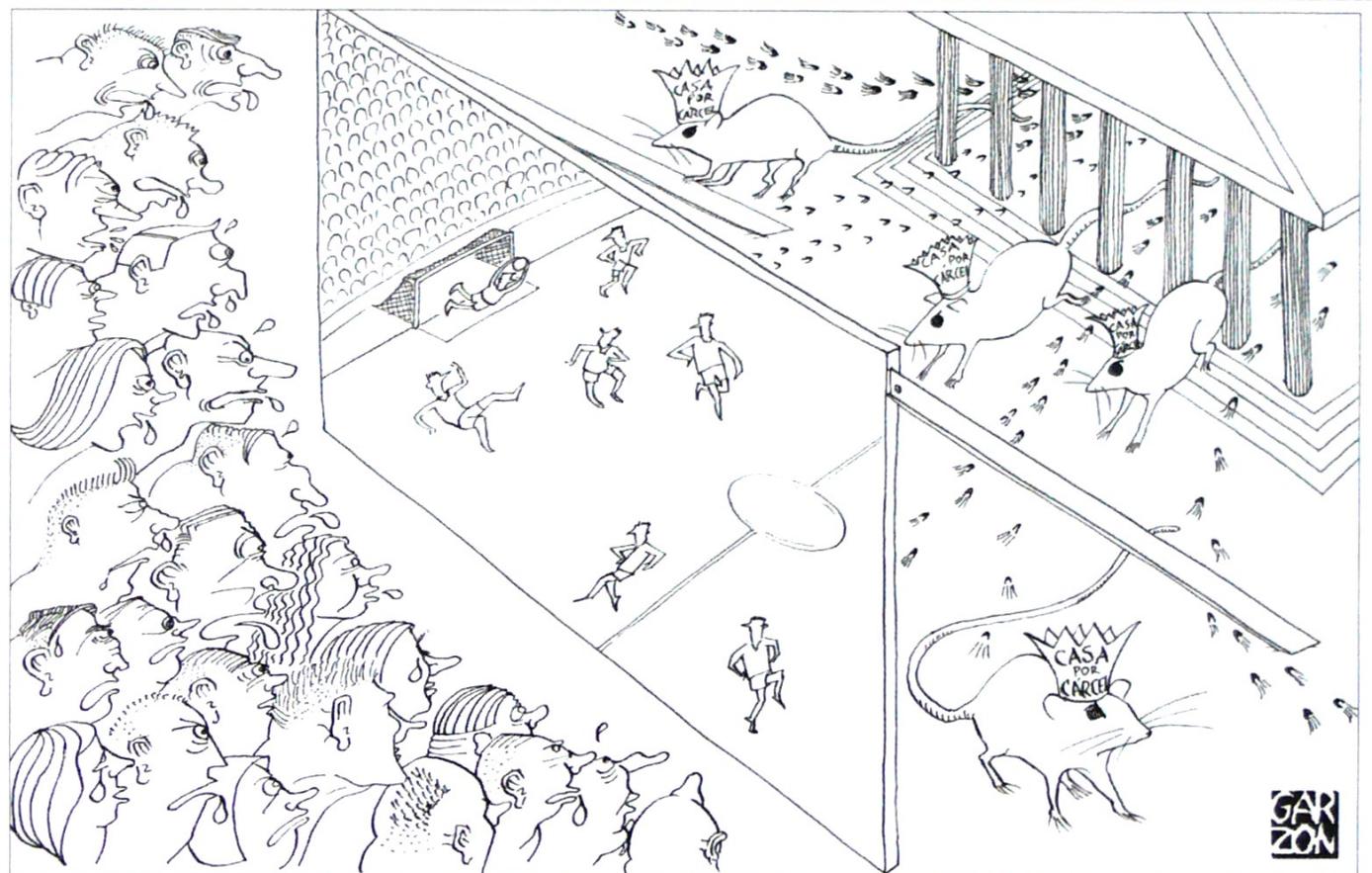
Escena tras escena, los funcionarios del partido decretan que la gravedad del accidente no es tanta. O que la escala de los efectos secundarios no es tan amplia. O que el alcance de la culpa no es tan profundo. Le mienten a Occidente. Le mienten a su gente. Mienten desde lo más alto de la cadena de mando hasta la parte más baja. ¿Por qué? Porque pueden.

“¿Crees que la pregunta correcta te llevará a la verdad?”, le pregunta Anatoly Dyatlov (interpretado por Paul Ritter), el ingeniero que supervisó la prueba de seguridad que llevó al desastre y después se convirtió en el chivo expiatorio designado del régimen, a una científica que intenta averiguar qué sucedió la noche del accidente. “No existe la verdad. Pregúntales a los jefes lo que quieras y obtendrás una mentira. Y a mí me tocará la bala”.

De hecho, a Dyatlov lo sentenciaron a diez años de prisión (y cumplió tres). No obstante, el diálogo captura la esencia de un sistema en el cual todas las mentiras oficiales son nobles y la verdad es lo que sea útil para el partido en un momento particular. Además, este método funciona... hasta que ya no es así.

“Cada mentira que decimos contra una deuda con la verdad”, dice Valery Legasov (Jared Harris), el héroe del drama, justo antes de suicidarse. “Tarde o temprano se

Cartones de Garzón



cobra la deuda”.

Según los últimos cálculos —del 7 de junio—, *The Washington Post* tenía una lista de 10.796 declaraciones falsas o engañosas de Trump a lo largo de 869 días. En ocasiones, el *Post* puede ser demasiado quisquilloso al citar diferencias de opinión como evidencias de falsedad, así que reduzcamos esa cifra a la mitad. Siguen siendo 5.398 declaraciones falsas o engañosas: un total de 6,2 por día, o una cada tres horas.

Le pregunté a Allison Stanger de Middlebury, autora de *Whistleblowers: Honesty in America from Washington to Trump*, un libro de una agudeza extraordinaria que estará pronto a la venta, sobre el efecto acumulativo de esta tormenta. Stanger citó la famosa observación de Hannah Arendt: “Si todo el mundo siempre miente, la consecuencia no es que creas las mentiras, sino más bien que ya nadie cree nada”.

El resultado es que la gente pierde la capacidad de pensar por sí misma, de realizar juicios, de encontrar un fundamento racional para adoptar algún tipo de postura basada en los principios. Se convierten en borregos.

El martes, Jeremy Peters de *The New York Times* publicó un perfil del presentador de radio conservador Michael Savage, uno de los primeros y más fervientes simpatizantes de Trump, quien a veces externa su decepción hacia el presidente, siempre desde una perspectiva de derecha. A muchos de sus 7,5 millones de escuchas no les agrada mucho. En palabras de Savage: para “muchos gente” Trump, más que un ser humano, “es un semidiós”.

Esas personas —las que no toleran ninguna crítica hacia Trump, nunca, sobre ningún tema— son los borregos.

No están ni cerca de ser una mayoría en el país. Sin embargo, cada vez están envenenando más a una sociedad en la que la idea de la verdad ya había sido balcanizada (nuestra verdad), personalizada (mi verdad), problematizada (la verdad de quién) y trivializada (tu verdad)... antes de que apareciera Trump y definiera la verdad como cualquier cosa que le crea la gente.

Lo más revelador del conteo del *Post* sobre las mentiras de Trump es que tan poco impactante se vuelve a medida que au-

menta la cifra. Como el dinero, las mentiras están sujetas a una regla inflacionaria: mientras más haya en circulación oficial, menos vale cada una.

Todo esto se está desarrollando sin la ayuda de la KGB o algún otro instrumento de un Estado represivo para imponer una línea y diluir la distinción entre hechos y ficción. Sin embargo, el efecto no es menos dañino. Un presidente que dice cualquier cosa le habla a una base que le creerá lo que sea. Mientras tanto, el resto del país no cree ni una palabra.

¿Qué sucederá cuando tengamos nuestro propio Chernóbil, u otro 11 de septiembre, o algo peor, y la credibilidad del gobierno se vuelva esencial para la supervivencia del Estado? ¿Qué sucede cuando la palabra del presidente de verdad importa?

Luego de ver “Chernobyl”, me quedé con un pensamiento inquietante: al menos durante esa crisis la Unión Soviética tenía al frente a Mijail Gorbachov, con su decencia y honestidad instintivas.

* Comentarista político de *The New York Times*